



José Luis Lanuza



El cisne de Baudelaire

Es posible que el comentario de un poema nos dé la clave de la vida, de los pensamientos secretos de un poeta. El poeta pasea por un barrio de París y recuerda otro paseo hecho hace tiempo por el mismo lugar. París ha cambiado. La forma de una ciudad -piensa el poeta- puede cambiar más pronto que un corazón humano.

Allí, donde ahora es el nuevo Carrousel, se levantaban numerosas barracas, negocios sórdidos, se acumulaban trozos de mampostería, capiteles de columnas teñidos por el verdín de los charcos. En ese *bric-à-brac* lamentable y confuso, estaba instalada una *ménagerie*.

Y el poeta vio una mañana (a la hora en que el trabajo despierta, cuando las mujeres levantaban con sus escobas un huracán de polvo que se remontaba al cielo frío) un cisne escapado de su jaula, que con sus pies palmípedos frotaba el piso duro y arrastraba su plumaje por el suelo. Cerca de un -172- arroyo seco abría el pico, bañaba nerviosamente sus alas en el polvo y decía (parecía decir, con el corazón lleno de recuerdos de su lago natal): «¿Cuándo lloverás, agua? ¿Cuándo has de tronar, rayo?»

Je vois ce malheureux, mythe étrange et fatal -dice Baudelaire. «Veo a ese desdichado, mito extraño y fatal, a ratos, hacia el cielo, como el hombre de Ovidio,

hacia el cielo irónico y cruelmente azul, tender su cabeza ávida sobre el cuello convulso, como si dirigiera sus reproches a Dios».

El cisne sediento, que arrastra su blanco plumaje por el polvo, constituye un mito, para Baudelaire. Un mito extraño y fatal. Pueden encontrarse correspondencias con aquel albatros, que pudo ver alguna vez durante su viaje hacia oriente. A veces para divertirse, los marineros suelen cazar albatros, grandes pájaros de los mares, que siguen a los navíos deslizándose sobre las olas con un planeo majestuoso. Pero en cuanto los arrojan sobre la cubierta, esos reyes del cielo, torpes, avergonzados, aflojan lamentablemente sus grandes alas blancas que arrastran a sus costados como remos inútiles.

El poeta busca imágenes de los desterrados. El -173- cisne desterrado del lago. El albatros desterrado del cielo. El poeta desterrado de la vida que quisiera vivir. Otra vez se ha comparado a las aves de alto vuelo en el poema *Elevación*.

El poeta, tan buen nadador de los altos cielos, tan volador de los espacios ilimitados, se siente torpe en la vida de todos los días, como el cisne en seco, como el albatros inválido. Este del cisne podría llamarse el poema de los destierros. Comienza con una invocación clásica. *Andromaque, je pense à vous...* «¡Andrómaca, pienso en ti! Ese pequeño río, pobre y triste espejo en que antaño resplandeciera la inmensa majestad de tu pesar de viuda, ese Simois fingido que crece con sus llantos, de pronto ha fecundado mi memoria»...

Esta es una referencia virgiliana que parece reclamar el comentario, ya que entre nosotros es fácil hacer gala de que estamos olvidados de los libros clásicos. Andrómaca es la figura femenina más importante de la *Ilíada*. Todos recuerdan la despedida de Héctor y Andrómaca (una de las escenas más patéticas de la literatura universal) cuando el pequeño Astianax llora asustado por el atavío guerrero del padre y Andrómaca sonríe a través de sus lágrimas. Andrómaca figura entre las mujeres -174- de la ciudad conquistada, que han de repartirse, como un vil ganado, los vencedores. Andrómaca le toca en suerte a Pirro, hijo de Aquiles, y su hijo es arrojado desde lo alto de las murallas de Troya. Pero la continuación de la historia está en el canto tercero de la *Eneida* de Virgilio. Pirro ha muerto y su esclavo Heleno ha heredado sus tierras y su concubina.

Heleno es un hermano de Héctor. Pero mientras Héctor prefirió morir peleando, Heleno se dejó tomar prisionero. Cuando heredó a Andrómaca, se quedó a vivir con ella en el Epiro. Heleno y Andrómaca parecen una pareja de sombras. Es fácil adivinar que no existe amor entre ellos, pero los unen los recuerdos. Al fin y al cabo también Heleno es troyano. Y han edificado, para alimentar sus sueños, una imitación de Troya. Los dos pequeños arroyos que pasan junto al poblado llevan los nombres de los ríos de Troya: Simois y Janto. Las puertas de la aldea llevan los mismos nombres de las puertas de la ciudad antigua. Cerca de un bosque han levantado un túmulo en honor de Héctor. Allí, Andrómaca, junto a la tumba vacía, a orillas del fingido Simois, derrama sus lágrimas, y refleja la majestad de su dolor de viuda. Porque Andrómaca -175- ha vuelto a ser la viuda de Héctor más que la mujer de Heleno. Es una desterrada de sus recuerdos. Por eso Baudelaire al recordar al cisne sediento, desterrado de su lago nativo, se ha acordado también de Andrómaca. Andrómaca pienso en ti...

La mitología clásica es como un suntuoso tapiz tejido con los sueños de la humanidad al través de unos tres mil años. En él se representan las andanzas, los amores de los dioses, las hazañas de los héroes; historias de belleza trágica o de gracia picante. Es como una humanidad imaginada que nos ha sido dada de regalo, que se lamenta o se alegra, y con la cual podemos confrontar y aquilatar nuestros propios dolores y alegrías.

En la tragedia de Shakespeare, *Hamlet*, cuando los cómicos entran al castillo de Elsinor, uno, para dar muestra de sus habilidades, representa los dolores de Hécuba (Hécuba, la que aparece en *Las troyanas*, la madre de Héctor, la suegra de Andrómaca). Y posesionado de su papel, el actor llora. Entonces Hamlet, que está luchando con su propio dolor, parece indignarse: ¿Qué le importa Hécuba? -dice- ¿Y qué tiene que ver con Hécuba, para que así llore por ella?

¿Pero es que hay dolores ajenos? -podría contestársele- -176- ¿o hay un mismo dolor universal por el que todos lloramos, o quisiéramos llorar, o deberíamos llorar? Mucho nos importan Hécuba y Andrómaca, y tenemos muchas razones para llorar por ellas. Hamlet quiere llorar por su padre muerto y también por su madre, que ha contraído unas segundas nupcias, según él apresuradas e indignas. Pero ¿no es eso llorar por Andrómaca? ¿Y no hubiera sido ése el dolor del pequeño Astianax, si hubiera vivido, al ver que su madre, la mujer de Héctor, pasaba a poder de otro? El pequeño Astianax murió, arrojado desde lo alto de la muralla. Pero Hamlet vive. Y vive Baudelaire, que se cree otro Hamlet y cree tener motivos para llorar con las mismas lágrimas.

Andrómaca se nos convierte, de pronto, en la madre de Baudelaire. Y el símbolo del cisne -mito extraño y fatal- se va ampliando. Lo mitológico (que podía haber sido retórico o vacío) se vuelve vital. El cisne es Andrómaca. Pero Andrómaca es la madre.

Toda la estética y toda la ética de Baudelaire podría resumirse en este poema *El cisne*. Porque, por encima de su afán de asombrar, por encima de su despliegue de imágenes horribles o repugnantes, por -177- encima de su postura romántica de poeta maldito, y de sus letanías demoníacas, Baudelaire puede considerarse el poeta del destierro, el poeta de los desterrados y (como se explica más claramente en *El albatros*) de los desterrados del cielo, inhábiles y ridículos en la vida terrestre. En este sentido, Baudelaire es un poeta de directa ascendencia platónica.

En varios diálogos de Platón se nos explica la vida humana como un destierro. Particularmente en Fedro, o de la Belleza, hay un pasaje cuya cita es casi imposible omitir al tratar de comprender en su esencia los poemas de Baudelaire. Dice Sócrates en su discurso al joven Fedro: «Cuando un hombre percibe las bellezas de este mundo y recuerda la belleza verdadera, su alma toma alas y desea volar; pero sintiendo su impotencia, levanta como el pájaro sus miradas al cielo, desprecia las ocupaciones de este mundo y se ve tratado de insensato».

Levanta como el pájaro sus miradas al cielo, dice Platón. Baudelaire parece calcar textualmente la imagen. El cisne levanta al cielo su cabeza ávida erguida sobre su cuello convulso. La levanta como el hombre de Ovidio, dice Baudelaire. Aquí se acuerda de un verso del primer libro de las *Metamorfosis* -178- del poeta latino: La divinidad «dio al hombre un rostro levantado hacía lo alto». Los autores clásicos solían citar ese verso suelto de Ovidio como un símbolo de las aspiraciones elevadas de la humanidad. Es

verdad que Baudelaire no se contenta con expresar que el hombre o el ave levanten al cielo la cabeza. Necesita decir que al dirigirse al cielo se dirigen a un «cielo irónico y cruelmente azul», un cielo que no escucha las plegarias o, lo que es peor, que se burla de ellas. La obsesión de un cielo inamistoso persigue a Baudelaire. En otro de sus poemas, *L'Amour du mensonge* (el amor al engaño), contempla la mirada profunda de la mujer amada, y dice: «Yo sé que hay ojos, de los más melancólicos, que no esconden ningún precioso secreto; hermosos estuches sin joyas, más vacíos, más profundos que vosotros, ¡oh, cielos!»

Eso es lo que le agrega desesperación a la poesía de Baudelaire: sentir nostalgia de un país maravilloso que tal vez no exista, que seguramente no existe.

1953

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario